

calona se sitúa con *Angulo* entre los mejores críticos literarios de Venezuela. Lamentamos sí que sus comentarios de obras poéticas —tan generosos cuando han recaído sobre alguna nuestra— no reproduzcan fragmentos de poemas que confirmen en el espíritu del lector el fundamento de sus juicios e impresiones, a lo que hace excepción el caso de Juan Beroes. No olvidemos la inclinación tan legítima del leyente a formar juicios por sí mismo.

Por último, gracias a su diáfana, equilibrada y flúida prosa, burla burlando nos instruye con deleite sobre poesía venezolana contemporánea, sobre supervaloraciones de grupos emanadas de ellos mismos y sobre la lucha de las generaciones; y se convierte en amable y sencillo filósofo, no exento de ironía para invitar a los jóvenes a conocerse a sí mismos, a no hablar de libros suyos imaginarios, a sentir la “responsabilidad” ante el elogio y a “aprender a pensar”.

Y aquí y allá advertimos el freno invisible de la moderación y la cautela: el gesto superior del intelectual auténtico que ha contraído un compromiso con el espíritu, imposible de realizar sin el trabajo constante y sin una capacidad fina de autocrítica.—*Félix Armando Núñez*.

■

<https://doi.org/10.29393/At355-356-22IOEC10022>

“ITINERARIO DEL OLVIDO”, poemas de *Matías Rafide*

El terror: he aquí el primer sentimiento, y a veces el único, que nos despiertan hoy los libros de versos que llegan a nuestra mesa de trabajo, con fraternal dedicatoria, en pos del análisis y del consiguiente eco publicitario. Y este sentimiento no nace porque esos libros contengan temas escalofriantes —muchas veces se trata de pura música celestial— sino, exclusivamente, por la soledad a que tales libros, publicados con tanto entusiasmo por sus autores, están irremediabilmente condenados a vivir.

Es un hecho, en efecto, que ahora casi nadie lee libros de poemas, y que las pocas personas que los leen lo hacen por compromiso

o por mera casualidad. Se explica. La vorágine sin rumbo de la época actual no da tiempo ni disposición para leer poesía. El ritmo acezante de la vida moderna, su crudo materialismo, su devoción voluptuosa por la política y el deporte, son factores que monopolizan la atención de las gentes. Sin embargo, ciegos y sordos a todo esto, los poetas *siguen con la suya*. Continúan escribiendo versos y, lo que es más heroico, publicándolos. Para ello, para divulgarse sus letras, deben a veces incluso firmar letras, de las otras, amén de tener que hacer sacrificios todavía peores. ¿Por qué llegan a tanto? Por la más pura, la más irracional y la más incontrovertible de las causas: son poetas.

Heos aquí ahora enfrentados a un nuevo libro de poemas. Lo firma Matías Rafide, poeta reincidente, nacido en las mismas tierras cureptanas de Pedro Antonio González, el padre del modernismo criollo. Rafide —se ve— es un joven estudioso que se siente atraído magnéticamente por la creación poética. Menos mal que la suya no se parece mucho a esa otra poesía que, a fuerza de sutilezas e incoherencias, da lo mismo que si no existiera. Matías Rafide no es de los bardos “con la cabeza mala”, como dice Alonso. Equidistante de los “ismos” extremistas, Rafide, sin confundir las palabras con las cortinas de humo, algo dice en su mensaje.

Tratemos nosotros ahora, con todos los riesgos del caso, de desentrañar ese algo. No está a la vista, desde luego, como que la poesía suya no es un recuento rimado de experiencias. Es un mensaje un tanto velado por las evasivas y los símbolos. Con todo, el título es ya una clave: *Itinerario del Olvido*. Bien: junto con terminar de leer el último poema hemos llegado a una curiosa conclusión: el libro de Rafide, más que un mensaje en sí, es la negación de un mensaje. Aclaremos más. Todo lo que los poetas dicen es, casi siempre, más o menos lo mismo, algo que redundante en la muerte, en el amor, en la nostalgia, etc. La poesía, desde sus lejanos albores hasta su crepúsculo actual, no ha hecho más que repetir los temas. Lo que ha modificado ha sido la forma de expresarlos. Y así como algunos poetas —Oscar Castro, Nicanor Parra, etc.— despachan su

asunto de inmediato, de modo casi bombástico, Rafide lo hace de manera reticente, con guiños, sólo a medias palabras.

“En arte hoy no conviene dar en el blanco”, dijo, dando en el blanco, André Maurois. Y, evidentemente, tiene toda la razón. Es en los géneros de la ciencia y de la historia donde ojalá nunca debieran existir zonas intermedias, equívocas o sugerentes. En el arte, sí, vale más el patetismo que la exactitud. Matías Rafide sabe esto, y de ahí que su libro en cuestión esté hecho a base de rodeos. Sólo de su primer poema hemos espigado las siguientes expresiones: “eco ignorado”, “mapa abandonado”, “labio enmudecido”, “paisaje olvidado”; en tanto que en otro poema se autocalifica de “un cansado rumor de sombras náufragas”. Por este camino tangencial, el poeta para llegar a la perfección, podría rematar en el silencio absoluto. A tan paradójal extremo, no ahora, sino en el siglo pasado las palabras estorbaban a Stephane Mallarmé.

Esta actitud de desertor, de permanente evasión, de no enfrentarse el sujeto con el objeto, y que contiene un quintaesenciado romanticismo, ¿constituye un fracaso o un acierto del poeta? Creemos, sin énfasis, que lo último. Rafide, que es profesor de castellano, no está en absoluto huérfano de medios expresivos. Pero, como sabe que todo mensaje es, más o menos el mismo, y que el lector ya lo conoce, porque lo ha leído cientos de veces, este poeta, para no caer en la ramplonería, en la repetición que ya nada dice, se limita a insinuarlo. De esta manera soslayada lo hace llegar mejor. Por el contrario, si nos contara sus cuitas en forma íntegra, con todos sus personales rasgos, sentiríamos que eso era sólo suyo, algo particular, algo, en suma, tan propio de él como ajeno a los demás. Con la cual —ni qué decir— los lectores no entraríamos ni saldríamos en sus poemas.

Matías Rafide, poeta de sensibilidad e intelecto modernos, conoce este riesgo y de ahí que, prudentemente, se haya limitado a insinuarnos los motivos de su inspiración. De esta manera impersonal, poco precisa, sugestiva, era más fácil que sus vivencias coincidieran con las nuestras, facilitando así el impacto emotivo. Su

mensaje, por tal camino, que no es el más recto, porque la geografía poética tiene configuración *sui generis*, deja de ser secreto y pasa a ser social, público, capaz de tocar la sensibilidad ajena.

Resulta curioso que Rafide, que en otra época vistió hábito, sea ahora en poesía nada menos que un agnóstico. Al respecto, Ortega y Gasset confirma: "Agnóstico significa *el que no quiere saber de ciertas cosas*. Se trata, por lo visto, de un alma que antepone a todo la cautela y la prudencia; al emprender, el evitar; al acertar, el no errar. Y el caso es que las cosas cuya ignorancia complace al agnóstico no son cualquiera, sino precisamente las cosas últimas y primeras; es decir, las decisivas".

Ahora bien, ¿en qué consiste el *quid* del mensaje poético de Matías Rafide? Antes de contestar, debemos dejar constancia de la homogeneidad temática y formal del libro. En efecto, no hay en sus páginas ningún poema que, en contraposición a los otros, tome giro distinto. En todos está presente, como un *leitmotiv*, un tono de tristeza sentimental provocado por frustraciones femeninas no contaminadas con la sensualidad. Y el poeta, frente a la vulgaridad de este tema, tenía el compromiso de expresarlo con dignidad y, si cabe, con originalidad. Para ello, acertadamente, ha elegido un estilo, una tónica, un conjunto de metáforas que, al dignificar esas experiencias triviales, confierenles una evidente categoría artística.—*Edmundo Concha*.